

Los raros

¿Qué país es éste?

Rosa Beltrán

Leer es entre otras muchas cosas una apuesta a juego cerrado en la que pedimos al libro que nos sorprenda. Y, como Borges decía, en ese ajedrez que jugamos contra el autor esperamos siempre que sea él quien gane la partida. Los distintos capítulos del extraordinario volumen *México, capital del exilio*, están hechos, sobre todo, de varias jugadas maestras. Estas consisten en los desmentidos sobre lo que ocurrió con una generación muy cercana (los nacidos una o dos antes de la mía) y un país que creía conocer muy bien y que no conocía.

Por ejemplo. Yo sabía (como sabemos los que aquí vivimos) que México ha recibido un número considerable de inmigrantes. Que durante el siglo xx tuvo una política de asilo excepcional y, al decir de varios inmigrados, única en el mundo. Hablando de la generosidad de nuestro país con los extranjeros —y refiriéndonos a la violencia con los propios—, Monsiváis me dijo un día: “Lo que necesitamos los mexicanos es una Secretaría de Relaciones Exteriores”. Y es cierto que nuestras relaciones exteriores han sido o fueron muy buenas, incluso con nuestros vecinos guatemaltecos, salvadoreños, hondureños, que hoy atraviesan el país en el tren llamado La Bestia. Con los cubanos, los chilenos, argentinos y uruguayos durante el siglo pasado el país fue ejemplar. Igual que con los europeos, sobre todo con los españoles republicanos, a los que está dedicada la mayoría de los capítulos del libro que cito. “La vida en México era extraordinaria en todos los sentidos”, dice en entrevista el médico republicano Ceferrino Palencia, refiriéndose al clima que percibieron los científicos españoles recién llegados. “Se hacían reuniones fantásticas. Había una vida intelectual muy notable”. Era el momento de la creación de nuevos centros de investigación y del auge hospitalario. La llegada de los refugiados espa-

ñoles coincide con el tiempo en que surgen las especialidades de fisiología, endocrinología, nutriología, neuropsiquiatría, infectología... Son los años en que se reestructuró el Hospital General y, como apunta Ignacio Chávez, en la Escuela de Biología del Instituto Politécnico se creó la carrera de medicina rural. Frente a un momento como el que estamos viviendo, no deja de llamar la atención que hubiera existido un México en que se pensaba en una medicina rural.

Junto con los médicos (141 galenos registrados en el archivo) llegaron también otro tipo de doctores. La doctora Encarnación Fuyola, por ejemplo, era miembro del Socorro Rojo Internacional (equivalente a la Cruz Roja) y feminista. Entre otro tipo de remedios, gestionó la salida de muchos de sus compatriotas. Ni hablar de los emigrados españoles en otras áreas del conocimiento: ingenieros, arquitectos, historiadores, músicos, filólogos, juristas, economistas, pintores, cineastas, bibliotecólogos, filósofos. Dice Juliana González en la cita que hace de ella Gonzalo Celorio que “a los profesores del exilio la Universidad les debe, en alta medida, el rigor académico —esa suerte de *ethos* del trabajo intelectual— caracterizado por la disciplina y el método”. Cuando estudié en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, mi generación dividía a los profesores en dos. Los faltistas y los no faltistas. Los profesores del exilio español eran de los segundos. Recuerdo que estos maestros eran *también* personajes. Arturo Souto Alabarce, por ejemplo, tenía el ánimo sombrío e irónico que para nosotros caracterizaba a los nacidos en la península. Tenía también un lema, que nos asestaba antes de iniciar la clase: “jóvenes”, nos decía, “recuerden que todo problema es susceptible de empeorar”. Era un gran cuentista. Un día llegó sonriente con

la novedad de que era falso que en México no tuviera éxito el cuento. Él había agotado una edición de su obra *La plaga del crisantemo* en una sola venta. Según dijo, la Secretaría de Industria y Comercio la había comprado, toda, por el título, para una feria agrícola.

Tuve entre mis maestros a Ramón Xirau, César Rodríguez Chicharro, Federico Patán, Paciencia Ontañón, Juan Miguel Lope Blanch, José Pascual Buxó y por ellos y otros leí el trabajo de Méndez Plancarte, Antonio Gómez Robledo, Luis Villoro, José Gaos y Eduardo Nicol. No había sistema de puntos ni la teoría literaria estructuralista, deconstruccionista, posfeminista, *et al.*, habían arrasado otra forma de sentir y pensar la literatura. Conste que no digo que aquella fuera mejor ni peor. Dije *otra*. Y lo que sí digo es que esa otra aproximación al humanismo no debería ser incompatible ni debió haberse extinguido.

Entre lo que también sabía sobre migraciones estaba la conciencia de asilo de un número importante de alemanes que venían huyendo de la guerra. Lo que no imaginé es lo que Renata von Hanffstengel comenta sobre la sensación de estos al llegar a México. Muchos no sabían “más que lo que habían leído en su juventud sobre los sioux y los apaches del autor juvenil Karl May” y esperaban encontrarse con la antesala del infierno. Sin embargo, encontraron el paraíso. Varios destacaron su asombro ante la belleza majestuosa del paisaje, lo exquisito de las frutas que las mujeres ofrecían a los viajeros en las estaciones de tren, las bondades del clima, el hecho de que dejaran ir a sus hijos al colegio y luego a la universidad, y que a ellos se les permitiera encontrar trabajo. Lo más incomprensible, no obstante, fue la cortesía de los oficiales mexicanos que revisaban los papeles. Dice la autora que al preguntar con voz temblo-

rosa si los mandarían a algún campo de detención no daban crédito a la respuesta: “No, de aquí pueden ir con libertad adonde gusten”. Y yo pienso, hoy ¿dónde quedó este país? ¿Quién se sentiría en libertad y seguro de ir por la República adonde quisiera?

Sabía que B. Traven estuvo en México y que aquí escribió *El tesoro de la Sierra Madre*, pero no sabía que cuando emigró al D. F. de una revolución fallida en Baviera lo hizo, entre otras cosas, porque en México “a nadie le importa tu nombre o tu origen, sólo te reciben”. Tampoco que Conlon Nancarrow se autoexilió en México porque aquí podía ser de izquierda y picotear partituras con su complejísima música sólo interpretable en pianola y ser amigo íntimo de Juan O’Gorman, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros. Y menos que cuando pensó en volver a Estados Unidos, ya siendo aclamado genio, prefiriera regresar a nuestro país pues allá le exigían firmar un juramento “declarando que su pertenencia al Partido Comunista había sido un error de juventud”. Sabía yo de la importancia que tuvo Seki Sano en la formación de actores y del teatro mexicano moderno, pero no sabía de las terribles condiciones en que llegó perseguido por oponerse a la política imperialista en cualquiera de sus formas y países.

Tampoco sabía que los grupos teatrales y técnicas impulsados por él serían conocidos como “Teatro de Maleta”, por la movilidad para ser representados en cualquier sitio. Y menos aún que el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) le ofreció que abriera su primera escuela de actuación, el Teatro de las Artes, con ellos. Suena casi a un país de fantasía.

En cuanto al exilio latinoamericano, México otorgó seguridad a los perseguidos de las dictaduras; fue escenario importante del trabajo político de varios movimientos armados y ofreció un contexto cultural y económico favorable, tanto, que muchos de esos exiliados no volvieron a sus países. Para mi generación fue natural convivir con salvadoreños, nicaragüenses, guatemaltecos, argentinos, chilenos, uruguayos tan involucrados en la cultura como en programas y acciones políticas específicas. Tenían miedo de los militares en sus países, no en el nuestro. Decían que los policías eran “simpáticos”. Un amigo uruguayo contaba que al hallarse perdido en la calle y sin poder recurrir a alguien más le preguntó a un policía: “oiga, ¿y Miguel Ángel de Quevedo?”. Y el policía, tras mirar con cautela dentro del edificio que custodiaba, le susurró, confidente: “ya se retiró”.

De México y sus exiliados hablan con fascinación Myriam Moscona, Carlos Martínez Assad, José Manuel Prieto, Jorge F. Hernández, Rafael Barajas El Fisgón, Carlos Pereda, Fabienne Bradu, Tomás Granados y Ricardo Cayuela, entre varios más. La idea tuvo que venir de un exiliado ejemplar, Philippe Ollé-Laprune. Y sí, este libro es grande por quienes vinieron y por quienes escriben de los que vinieron. Pero es excepcional por algo más. Cuando uno piensa en la llegada de migrantes a cualquier país es frecuente centrarse en los migrantes y olvidar el país. No pensar, por ejemplo, que las condiciones que permitieron a esos extranjeros acercarse en una cultura y un modo de vida distintos de los suyos son tan importantes en el enriquecimiento del pueblo de acogida como la valía y el aporte de quienes llegan. Otra opción es pensar en un mundo donde la violencia, la falta de garantías y de empleos son una amenaza para el que se va pero también para el que recibe. El país del que hablan parece otro país. Y es que los “desheredados” hoy están dentro y fuera. **U**

Philippe Ollé-Laprune (coordinador), *París/México, capital del exilio*, FCE/Casa Refugio Citlaltépetl, México, 2014, 2 volúmenes, 994 pp.

